

GENTE VIEJA

ECOS DEL SIGLO PASADO

Número atrasado, 50 céntimos.

Paquete de 25 ejemplares, 2,50 pesetas.



EL CONCURSO DE "GENTE VIEJA,"

BASES

1.^a Deseando la modestísima empresa de este decenario dar todo el interés posible á su publicación, abre un concurso durante los meses de Enero y Febrero de 1902 para premiar un trabajo en prosa, de autor español, inédito, original, y cuya extensión no exceda de tres columnas de nuestro periódico.

2.^a Estos trabajos tendrán necesariamente por asunto el siguiente tema: ¿QUÉ ES EL MODERNISMO Y QUÉ SIGNIFICA COMO ESCUELA DENTRO DEL ARTE EN GENERAL Y DE LA LITERATURA EN PARTICULAR?

3.^a El concurso, que queda desde luego abierto desde esta fecha, se cerrará el día 10 de Marzo de 1902, á las doce de su mañana.

4.^a Los trabajos se entregarán en la redacción de GENTE VIEJA, calle de Recoletos, núm. 10, de once á una del día. También se pueden dirigir por correo certificados al Director de GENTE VIEJA. En todo caso al recibirlos se entregará ó remitirá el documento que lo acredite.

5.^a Los trabajos se entregarán en paquete cerrado y con un lema, y á la vez bajo sobre con el lema lacrado, se entregará el nombre y domicilio del concursante.

6.^a Formarán el Jurado calificador los Sres. D. Manuel del Palacio, D. Benito Pérez Galdós y D. Jacinto Benavente.

7.^a El premio consistirá en DOSCIENTAS CINCUENTA PESETAS, que se entregarán al autor del artículo que designe el Jurado.

8.^a El artículo que obtenga la preferencia del Jurado se publicará en el número del día 30 de Marzo de 1902.

9.^a Los trabajos no premiados podrán ser recogidos por sus autores hasta el 10 de Abril de 1902.

NOTAS SUELTAS

Ecos de la Universidad.

Sr. D. Juan Valero de Tornos.

Querido Valero: no sólo me has clasificado—con plena justicia—entre GENTE VIEJA, sino que me has pedido envíe algunas cuartillas para la Revista, y eso es más grave. Para ser *viejo* me ha bastado vivir, mas para escribir estas líneas tengo que *remosarme*, volviendo á trabajos que hace años abandoné, y ese retroceso es contra naturaleza; pero como no sé negarte nada, ahí

van esas notas sueltas, que por referirse á cosas antiguas y á la Universidad, tal vez puedan encajar en GENTE VIEJA.

No es la Universidad de hoy lo que era en tus tiempos. Recordarás que los exámenes eran para nosotros días de júbilo y de verdadera fiesta. Nos vestíamos para el acto del examen con nuestros *trapitos de cristianar*, y el sombrero de copa de variadas formas y la levita de inverosímiles cortes, constituían nuestra indumentaria. Hoy el traje elegante para los exámenes es ir sin chaleco, con amplio cinturón de cuero ó seda, del que penden sendas cadenas para sujetar sin duda feroces mastines que saltar á los Profesores en caso de algún tropiezo, bota de becerro blanco, sombrero cordobés ó lo más de fieltro flexible, y recios bastones para ayudar á soportar la carga científica del dueño.

Antes celebrábanse las investiduras de los grados con solemnidad. Se verificaban en el Paraninfo, concurrían los Doctores, asistían nuestras madres y hasta nuestras novias, y por no faltar nada, hasta había su poquito de música. Un ilustre miembro del Claustro apadrinaba al neófito, y por regla general solía ayudarle después en las luchas de la vida; sin que esto quiera decir que no hubiese excepciones á esa regla general, y yo soy, por desgracia, una de ellas. Así veíamos coronados nuestros esfuerzos en un acto público, solemne y de carácter científico, y nuestras familias, en aquel día feliz, sentían la alegría del cariño y del orgullo familiar satisfechos. Hoy lo hemos arreglado de manera más cómoda y sencilla. Concluída la carrera, te acercas á unas ventanillas que á guisa de despacho de billetes del teatro Japonés existen en los claustros de la Universidad, pagas las cantidades que el Estado señala por derechos de emisión del título, y verificada de tal modo la *compra* del mismo, eres ya doctor ó licenciado, y en lugar de ir á abrazar á los Doctores y á tus deudos, puedes irte tranquilamente á abrazar á quien mejor te parezca.

En cuanto á los Profesores, formaba cada Facultad estrecha piña, con fraternales vínculos de unión. Fuera de la Universidad cada Profesor era lo que quería y pensaba como mejor le parecía, pero dentro de la Facultad todos pensaban al unísono, todos eran hermanos, todos se ayudaban y protegían. Hoy, en general, sucede lo contrario, y así anda ello. No hay seres más adulados que los Profesores en los meses de Junio y Septiembre, ni personas más vilipendiadas en el resto del año. Saben que no somos fuertes porque no estamos unidos y contra el débil todo el mundo se atreve.

¿Valían más los Profesores de entonces que los de ahora? Lo ignoro, pero así debe ser, cuando habiendo fallecido maestros tan insignes como Montalbán, Aguirre, Moreno Nieto, Arnau, Lafuente, Colmeiro, etc., el Claustro no ha encontrado motivo para rendir público y solemne testimonio que demostrara el aprecio en que tenía á los queridos maestros, perdidos para la ciencia y para la enseñanza.

Pero basta de preámbulo, y paso á recordar algunas anécdotas y agudezas de maestros y discípulos de otros tiempos, que á mi entender imprimen carácter á una época.

**

Recordarás que nos explicaba Metafísica un querido Catedrático tan bueno de alma como enjuto de carnes y de práctica de la vida. Nos decía aquel buen señor que sólo habían existido en el mundo tres sabios: Sócrates, Platón y él. Preguntó un día á un aventajado discípulo,

tan aventajado como ocurrente, que cuántos sabios habían existido, y nuestro compañero, impertérrito, contestó: Cuatro—¿Cómo cuatro?—dijo el maestro.—Sí, señor,—replicó el discípulo,—á saber: Sócrates, Platón, su señoría y yo. Quedóse parado un momento el metafísico y exclamó:—Con tal de que se coloque usted *siempre* detrás de mí, acepto la contestación. Creo que el discípulo ha tenido el buen gusto de no hacerse sabio; pero tengo entendido que llegó á ocupar una plaza de *Portero del Observatorio*, y aun me parece que se ha permitido escribir intencionadas *Crónicas retrospectivas*.

**

Era D. Manuel Colmeiro maestro meritísimo, no sólo por su saber, sino por su rectitud y severidad.

Presentósele en su casa un alumno andaluz de fino porte y de natural talento, diciéndole:—Sr. Colmeiro; durante dos años perderé curso en la asignatura de usted, pero el tercero obtendré la nota de sobresaliente.—¿Pues cómo es eso?—Porque mi padre vive en un cortijo aislado del mundo, y allá tendré que ir en cuanto acabe la carrera; y como la ley consiente que pueda perder las asignaturas durante dos cursos, las pierdo, ganándolas en el tercero; con lo que, multiplicando por tres los cinco años de carrera, tardo quince en concluirla, los mismos que puedo pasar en la Corte en vez del cortijo;—y para que no me tenga usted por un mal estudiante, doy á usted estas explicaciones.

Indignése Colmeiro, le reprendió severamente y le dijo:—Aunque no me conteste usted en el examen saldrá usted bien. Llegó el momento de examinarse, y entre maestro y discípulo medió el siguiente diálogo:

—Por dónde penetraron los visigodos en España?

—La primera plaza fuerte que tomaron fué Madrid.

—¿Por qué puerta entraron?

—Por la de Alcalá.

—¿Los vió usted entrar?

—No, señor, porque entonces estaba yo de vacaciones.

Puede retirarse—exclamó Colmeiro.—Y al calificar dijo el eximio profesor:—Fulano de tal, sobresaliente.

Quedaron asombrados los compañeros de Tribunal, como lo habían estado durante tan extraño examen; pero Colmeiro contó la historia que justificaba su resolución, añadiendo:—Quien para lograr su objeto contesta con la agudeza que ese alumno ha contestado, puede afirmarse que es un verdadero sobresaliente.

**

Nunca pude saber si D. Juan Antonio Andonaegui era un sabio, ó tan sólo un excelente práctico; pero sí supe que era un corazón de oro, que sufría cruel tormento al tener que suspender á un alumno. Tuvo que examinar al hijo de un ilustre y esclarecido hombre público y que era, siguiendo la regla general, de «á padres listos, hijos tontos», una verdadera nulidad. Tenía Andonaegui verdadero empeño en sacarle bien: preguntóle derecho penal, y viendo que la cosa iba mal le dijo:—Vamos, vamos á ver: el matar un hijo á un padre, ¿es circunstancia agravante, ó atenuante? Dudó el alumno, y contestó:—Atenuante.—¿Por qué?—replicó el maestro tembloroso, por la contrariedad que tal respuesta le produjera.—Porque al fin son de la familia—dijo el examinando.—Ella le salva á usted, porque los méritos del padre sirven de circunstancia atenuante á la enormidad

que acabamos de escuchar—exclamó sentenciosamente el buen Sacerdote.

* * *

Cursaban la sección de Derecho administrativo dos jóvenes andaluces, que entre sí se llamaban *parientes* sin serlo, tipos característicos del estudiante sin aprensiones en el alma y sin un céntimo en los bolsillos. Iban de verano en el invierno y de invierno en el verano, y solían desayunarse con café, cuando entre sus condiscípulos lograban hacer recolecta bastante para ello. Explicaba Derecho político comparado Víctor Arnau, quien al explicarnos, con exquisito tacto, las formas de gobierno, á pesar de ser leal y acérrimo monárquico, nos indicaba que era error vulgar suponer que la República era gobierno de gente desarrapada, y para probarlo añadió:—Y tanto es así, que el actual Presidente de la Confederación Helvética tiene un capital de ocho millones de francos. —¿Tiene hijas? —exclamó abriendo tamaño ojo uno de los *parientes*, y en diapasón algo subido, tanto que oyó Arnau y sonriendo dijo:—Sí, señor; una, y muy guapa. —Pues me despido para Suiza —replicó el *pariente*. —Pues buen viaje, y buena suerte,—contestó el Profesor.

* * *

No he sabido qué admirar más en Moreno Nieto, si su colosal talento y su comprobada sabiduría, ó la sencillez candorosa de aquella hermosa alma, para el bien nacida. Debíamos celebrar un grado de Licenciado en un día de crudísimo invierno, y nos fuimos á cumplir con nuestro deber. Púsose repentinamente enfermo el graduando, se suspendió el ejercicio, y al volver á la sala de Profesores hallamos en ella, y cómodamente arrellanado en una butaca, al lado de la chimenea, á un bedel leyendo un periódico. Quedóse estupefacto el dependiente al vernos entrar; comprendió Moreno Nieto la situación en que se hallaba, y tocándole familiarmente en el hombro le dijo:

—¿Qué se hace, Pedro, qué se hace?

—D. José —contestó el pobre hombre—me estaba instruyendo. Y mostraba el periódico, que resultó ser *El Diario oficial de Avisos de Madrid!*

* * *

Otro día graduábamos de Doctor á un brillantísimo alumno, hombre ya hecho, de sólidos y profundos conocimientos. Por desgracia, en orden á la religión sus principios eran dudosos y sus ideas poco católicas. Moreno Nieto le argumentaba en nombre del Catolicismo, con la vehemencia que en aquel ilustre Maestro era proverbal y con la verbosidad en él característica, y por la que Cánovas del Castillo decía que Moreno Nieto había resuelto el problema de pronunciar dos palabras á un tiempo. Defendíase con vivacidad el alumno, y exasperado ya Moreno Nieto le dijo:

—¿Tiene usted madre?

—La perdí al nacer —contestó el graduando.

Y pálida la tez y temblorosa la palabra, Moreno Nieto replicó:

—Ahora comprendo por qué no es usted católico; puede retirarse, pues no quiero molestarle más.

Quedóse el Profesor preocupado, se le saltaron las lágrimas al alumno, y yo, profundamente conmovido, quedé pensando cómo los talentos superiores saben encerrar en una frase un mundo de ideas.

* * *

No quiero fatigarte más, y voy á terminar con dos frases notabilísimas. Habíase publicado la ley de Instrucción pública de Moyano, por la que los Directores de escuelas especiales y de Institutos formaban parte del Claustro. Llevaron á mal los Doctores tales novedades, pues creían que ellos solos debían formar el Claustro, y esto dió motivo á reuniones, protestas y revuelos, porque algunos Doctores hallaban buenas las que otros llamaban intrusiones. En suma, no reinaba la paz entre los claustrales. Llegó el día de la apertura de curso, y era á la sazón Director del Conservatorio de Música y Declamación el insigne Ventura de la Vega, que como tú sabes, llegó á todas partes, aunque á todas ellas, por fuerza de su naturaleza, llegó tarde. Bajaba el Claustro

por la amplia escalera de la Universidad—única cosa que el tal edificio tiene amplia—para dirigirse al Paraninfo á celebrar la tradicional ceremonia científica, é iba formado por Doctores de uno y otro bando, Directores de Escuelas é Institutos, invitados etc., etc. Al llegar la comitiva á la meseta de la escalera, llegó á su vez Ventura de la Vega, vistiendo sencillo frac y con el gabán al brazo. Al verle su íntimo amigo y mi deudo el eximio Catedrático de Filosofía y Letras, Dr. D. Isaac Núñez de Arenas, le increpó diciéndole:

—¿Á qué vienes tú á aquí, Doctor en trompetería?

—Vengo á armonizar al Claustro —replicó Vega con su natural viveza;—y ruidosas carcajadas de los que cerca estaban, premiaron el sabroso é intencionado discreto de aquellas dos ilustres personalidades.

Créeme, pues sabes que soy sincero: hoy más que nunca necesitaríamos que surgiese un Doctor en *trompetería* que lograra armonizar al Claustro.

Tuyo siempre afectísimo.

FERNANDO MELLADO.

Diciembre de 1901.

AL CUMPLIR LOS SETENTA AÑOS

Te debo setenta años, ¡vida mía!
y salud y apetito y dulce sueño;
¿tienes quizás en halagarme empeño,
ó gozas prolongando mi agonía?

¿No ves que me arrebatas cada día
algo del bienestar de que fui dueño,
y al ofrecerme dichas que desdeño
truecas en amargura mi alegría?

Viví en un siglo y respiré un ambiente
de entusiasmo, de amor, de patriotismo,
que hoy se buscan en vano entre la gente.

Ya nobleza y doblez suenan lo mismo,
se llama quijotesco á lo decente,
cursi al pudor y al crimen atavismo.

MANUEL DEL PALACIO.

24 Diciembre de 1901.

LA DOBLE VISTA

(FANTASÍA.)

Enrique era feliz.

Casado con Gertrudis y embellecida su unión por tres hermosos vástagos, uno de los cuales había ya cumplido diez y nueve años, y estudiaba con cierto aprovechamiento la carrera de ingeniero, dentro de su hogar no le faltaba nada para la felicidad.

Gertrudis era complaciente, buena, cariñosa; sus hijos un encanto; su hijo mayor, Alfredo, aplicado y pundonoroso, aunque algo gastador. Pero, como decía D. Enrique, que era muy dado á lo extranjero, *il faut que jeunesse se passe*; y como si en su interior hubiera querido Dios derramar la dicha en absoluto, le había conservado su madre, anciana octogenaria, que vivía dedicada á sus oraciones.

En la vida social, D. Enrique era enteramente dichoso. Hombre de negocios, respetadísimo en la plaza, su firma se cotizaba más alta que los billetes del Tesoro. Los amigos le estimaban de veras. Tenía un socio, D. Vicente, en quien había logrado un verdadero amigo en toda la extensión de la palabra.

No se podía ser más feliz que D. Enrique.

* * *

Pero como la felicidad no consiste en la posesión del bien, sino en la esperanza de obtenerlo, D. Enrique se dió á pensar y á desear el más grande dislate que ha cabido en humana inteligencia.

Deseó ardientemente leer el pensamiento de las personas con quienes hablase.

Y el milagro, porque tal fué, se realizó, y el día que D. Enrique se vió dueño de aquella doble vista, se consideró el *ser* más dichoso de la tierra.

Llamó á su hijo Alfredo á su despacho, y deseando, en el colmo de su felicidad, que los suyos fueran muy dichosos, determinó doblar su pensión; pero antes, y para descubrir el corazón de su hijo, le dirigió este discurso:

—Hijo, si bien es cierto que estudias, que estás llamado á hacer una fortuna, es necesario que moderes tus gastos; los negocios no marchan como yo quisiera, y es necesario hacer economías....

—Padre, respondió Alfredo, yo....

—No sigas, vete, le interrumpió furiosamente don Enrique.

Salió Alfredo, y su padre, con la cabeza entre las manos, derramaba lágrimas de fuego.

Había leído el pensamiento de su hijo, que allá en los últimos senos de su conciencia decía en cuanto él acabó de hablar:—Mi padre es bueno, pero es un avaro: algún día podré disponer de su fortuna, y, cuando él se se muera, gozaré á mis anchas.

D. Enrique se horrorizó, y, con el corazón hecho pedazos, buscó á Gertrudis para encontrar consuelo.

—Soy muy desgraciado—la dijo;—nuestro Alfredo, que yo creía un modelo de honradez, piensa en la muerte de su padre para disipar nuestra fortuna; no es sincero contigo ni conmigo; y cuando en el amor queda algo en el alma de uno de los que se aman, que no conoce el otro, el amor no es completo.

—Enrique, —respondió sumujer, —te atormentas por fantasmas; la vida de los negocios, siendo muy bueno, te ha materializado con exceso, y....

—Déjame, Gertrudis; quítate de mi vista; me horrorizas, —respondió D. Enrique —saliendo apresuradamente del cuarto de su esposa.

Había visto su alma: Gertrudis se lamentaba de veinte años de impasibilidad y de haber pasado la juventud con bienestar, pero sin emociones, y aun se arrepentía de no haberse casado con cierto Capitán de artillería, guapo y mala cabeza, con quien hubiera sido menos rica, pero más feliz.

Enrique, en su despecho, maldecía aquella doble vista que había deseado, y reflexionaba amargamente.

—¿Es posible,—decía,—que ese amor infinito y sublime y esa absoluta confianza de un espíritu en otro sea tan sólo una quimera? Mi mujer y mi hijo, que me han dado indudables pruebas de afecto y de cariño, ¿han sido sólo buenos por *deber*? A pesar de serlo, la bondad humana es tan pobre cosa, que aun los mejores no pueden ser sinceros con aquellos que más quieren, sin que les ofendan y les hieran. ¡Qué es la humanidad entonces, Dios eterno! Esa pelota de carne que se llama corazón es una inmundada entraña, podrida en vida, ó hay en sus latidos algo de divino....

Le interrumpió en sus reflexiones su amigo y socio D. Vicente, el corazón cariñoso que merecía su confianza absoluta y que venía siendo el depositario de sus secretos.

—Oye, Vicente: soy muy desgraciado; mis afecciones de toda la vida, los cariños á que he dedicado mi existencia, no tenían la sinceridad que yo les suponía; me voy á retirar de los negocios, y tú solo liquidarás mi casa y seguirás los que hay pendientes: no puedo decirte y explicarte todo lo que sufro; lo que me sucede es espantoso. Y al decir esto, D. Enrique miraba á Vicente con furor y espanto; y era que había leído en su pensamiento, y que el amigo íntimo decía para sus adentros: "Gracias á Dios que me quedo solo con la casa: afortunadamente, todas las cuentas corrientes de América é Inglaterra están sólo á mi nombre; recobraré mi personalidad y dejaré de estar supeditado á este imbécil, que hace veinte años es la primera persona de la casa."

D. Enrique cayó desplomado en un sillón, y Vicente salió presuroso y, *al parecer*, acongojado á avisar á la familia.

Tres días estuvo el banquero entre la vida y la muerte, atendido y cuidado por Gertrudis, Alfredo y Vicente, que no eran malos, aunque eran humanidad y por ende no eran perfectos.

Al cuarto, sin haber apenas desplegado sus labios, Enrique, que había reflexionado mucho, determinó morir.

Cuando un hombre tiene la dicha de leer el pensamiento ajeno, lo lógico es morir.

Firme en su propósito, determinó ponerlo en

práctica, y, sin ver á nadie, pensó subir á su biblioteca, donde recordaba que tenía un revólver de Eibar con incrustaciones de oro, regalo de su amigo Vicente.

Al salir de su cuarto entraba en él su madre, marchando trabajosamente apoyada en el hombro de una criada.

—¿Estás mejor, hijo mío?...

—Madre, soy muy desgraciado; todo lo que creía es mentira; el trabajo sentimental de toda mi vida ha sido inútil; la humanidad es mala, todo es falso..... Y al decir esta frase abrazaba y besaba á su pobre madre, que lloraba con él.

Leyó en su pensamiento y hé aquí lo que vió:

—¿Por qué seré tan vieja que me quede tan poco tiempo de sacrificarme por mi hijo?

JUAN VALERO DE TORNOS.

Á LOS SEÑORES

D. JOSÉ SEGARRA Y D. JOAQUÍN JULIÁ

(Que se sienten acometidos de la enfermedad del azogue.)

ODA COMPRIMIDA

¡Á viajar, á viajar, á ver el mundo
y á recorrerlo todo,
una patria no más brinde la tierra
y una sola nación de polo á polo!
Demarcarles fronteras á las almas
me parece muy tonto.....
¡Siempre la jaula para el ave es triste,
aun fabricada con alambres de oro!

MARCOS ZAPATA.

UN CUENTECILLO

Una tarde de Agosto paseaban por una frondosa alameda de León la media docena de amigos que constituía la diaria tertulia de D. Bernabé Zumaque, rico labrador y propietario en aquella capital.

Como de costumbre se hablaba mal del Gobierno, que no atendía con preferencia á todos los demás servicios á la Agricultura; de las Cortes, que perdían el tiempo en debates estériles, cuando no perjudiciales; de la Administración pública, que era deplorable; y por fin, de la falta de religión de los pueblos; y cuando este tema, que era el más socorrido, se apuraba, después de bien comentados los artículos de los periódicos de Madrid, entraban los convecinos en turno para dar lugar á la murmuración.

Rompió plaza un D. Melchor Toro, y cada uno de aquellos caballeros fué poniéndole como un trapo, que no había por donde cogerle.

—En conclusión—dijo uno de aquellos buenos amigos, canónigo de la Catedral,—D. Melchor es un burro; al fin gallego.

—Señor D. Jesualdo, no se olvide usted que yo soy de Lugo—dijo un tanto amostazado uno de aquellos señores.

—Perdone usted, D. Policarpo—repuso en seguida el canónigo,—no me acordaba de esa circunstancia; pero convendrá usted conmigo en que no son los gallegos tan inteligentes y vivos como mis paisanos los andaluces.

—¿Que no lo son? usted no conoce á la gente de mi país.

¿Quiere usted ver cómo son? Pues ahora voy á demostrárselo.

Casualmente por allí pasaba una cuadrilla de segadores que iba hacia los pueblos de Castilla.

—Oye, paisano—díjole en gallego al que marchaba delante y parecía por su edad el director de aquella tribu.

Vamos á ver: por una porfía ó apuesta que tengo con estos señores, dime tú qué preferirías si te obligaran á ser burro ó caballo.

—¿Y pur que me lo pregunta?—contestó en seguida el segador, siguiendo la costumbre del país y de gente taimada, para pensar la respuesta.

—Te lo pregunto porque el señor canónigo me

decía ahora que los gallegos somos muy burros, y yo quería probarle que somos tan listos como los más inteligentes de cualquier provincia; conque ya estás satisfecho, y ahora contesta á mi pregunta.

—Pues señor, diré la verdade: yo querría mejor ser burro.

—¡Pero hombre, es posible—exclamaron todos admirados—que prefirieras ser burro!

—Diréles. Cuando andaba á la escuela en Mondoñedo, el Maestro decía á muchos chicos: burro, burro, burro, y luego vi de ellos muchos elevados á canónigos; pero los caballus nunca vi pasasen de caballus.

FEDERICO HUESCA.

Realidad de un sueño.

1901 — 1902

I

Nada en el mundo es comparable al sueño, porque hace feliz al desgraciado, le vuelve sus encantos perdidos, trueca en manto de púrpura sus harapos y en ilusiones sus realidades. He aquí mi sueño:

Daban las doce. En una estancia pequeña, alumbrada por una tea, vi un anciano sentado en un sillón; en el rostro tenía marcadas las huellas de grandes padecimientos, y su vista no se apartaba de un reloj de arena que estaba encima de una mesa. La puerta se abrió, y otro viejo, al entrar, volvió el reloj, dejando caer su último grano; con la guadaña tocó el resorte de una muestra que había en la pared, y apareció este letrado: 31 de Diciembre. Y se retiró.

El anciano dió un suspiro, exclamando:—“¡Dios sea loado! Llega mi último día.”

Otra vez se abrió la puerta y un mozalbete entró en el aposento. Sonrió el anciano y le dijo:

—Te conozco; traes prisa por ocupar mi puesto.

—Soy el año 1902. Mañana concluye tu existencia.

—Me quedan veinticuatro horas, observó el año 1901.

El joven sacó del bolsillo un librito.

—¿Qué traes?

—Es la *Constitución* que debe regirme; tiene 365 artículos para otros tantos días que durará mi vida; es el *Calendario*, que me ha entregado un vejete que te sirve de portero.

—Es el *Tiempo*; te lo dió por fórmula; estarás sujeto á la voluntad de los *meses*, tus súbditos; ellos te pondrán la ley, y gobernarán á su capricho sobre las *semanas*, y los *días* y las *horas*: escala gradual de opresores y oprimidos.

—Les haré cumplir con sus deberes,—prorrumpió el mozo con voz de trueno.

—¿El *Calendario*? El día que esperes sol tendrás niebla, y el que anuncie calor habrá truenos y relámpagos.

—¿Y la dicha de mandar? ¡Me embriago de placer! ¿Quieres quitarme las ilusiones? ¡No! Mañana empezará á regir el año que represento, y veré el mundo á mis pies, recibiendo siempre incienso; luego vendrá el Carnaval, y gozaré.....

—¡El incienso! ¡El Carnaval! ¡Pobre mozo!—murmuró el anciano sonriendo.—¡Si apenas te quedará tiempo para pensar en la suerte de tus subordinados, ó si eres egoísta para pensar en ti! Cuando llegues á tu juventud, la *primavera*, con sus flores aromáticas y su atmósfera irritante, sentirás desvaríos y vivirás fascinado; pero dura poco esa época de placeres y desengaños. Sin darte cuenta, te hallarás en la virilidad, *estío* de la vida, y sentirás el calor y la fuerza en la cabeza. Te sorprenderá la madurez, el *otoño*, con sus hojas amarillas, símbolo de tus ilusiones perdidas. Te espera después la senectud, el *invierno*; quedará tu corazón como los árboles, sin una hoja que dé sombra á la esperanza.

—¿Esa es la vida?—preguntó el año 1902—suspirando amargamente. Ya sé mi suerte. Tomaré el *tiempo* como vengá; bailaré en *Carnaval*, rezaré en *Cauresma*, y haré lo que hagan todos, sin acordarme de que soy el soberano de los doce meses.

—Así disfrutarás del mundo.

—¿Cómo me entregas la patria?

—Gozando de dichas inefables—contestó el viejo con risa irónica;—todos son felices, y comen cuando tienen que comer; de lo contrario, ayunan y callan. Para los empleados, todo el año ha sido festín perpetuo para las clases pasivas, siempre fué Cuaresma. Han pagado las contribuciones sin chistar; el odioso impuesto de consumos ha representado una cuestión de orden público, *consumiendo* á las autoridades y poniendo en movimiento á la Guardia civil. Continuamente llegaban á mí los clamores de la miseria; pero me hacía el sordo, sabiendo que el pueblo es quejumbroso y se lamenta de vicio. ¿Ostentaría la miseria tanto lujo? ¿No se ven ricas tiendas y magníficos trenes que no bastan para acallar las vanidades de la moda? Un refrán nos dejaron los ascendientes, que dice: “Alquimia probada, tener renta y no gastar nada.” Pero la experiencia lo ha rectificado: “Alquimia probada, gastar mucho y no tener nada.”

—Tomaré la lección. ¿Y el pabellón nacional?

—Ahí me duele, hijo mío. Perdidas nuestras provincias ultramarinas, que nos costaron ríos de sangre, como aquí todo se copia, algunos mal aconsejados (pocos, por fortuna) han querido arrancar á la corona de España el territorio de Cataluña, cubriendo con el falso nombre de *catalanismo* la pérfida *separación*.

—No lo consentiré!—gritó el mozo exaltado.

—Así lo espero.

—¿Y la política?

—Anda revuelta. Apoyándose los revoltosos en el derecho de reunión, en todas partes se levantan *mottines*, que bautizan con el nombre de *meetings*; se vierte sangre, se lanzan gritos subversivos, mueras antipatrióticos, y se pronuncian discursos contra todo lo existente.

—Pondré coto á esos desmanes. Y ¿cómo encuentro el teatro?

—María Guerrero, María Tubau y Antonio Vico han abandonado el teatro Español, y andan por América y las provincias buscando resultados positivos, cuando el arte los echa aquí de menos. En algunos coliseos se cultiva el mal llamado *género chico*, que no hará pasar á la posteridad las obras que estrena; pero los autores, en vista de que el público acude y las aplaude, reforzando los *trimestres*, repiten los dos tan conocidos versos de Lope de Vega en *La Gatomaquia*:

“El vulgo es necio, y pues lo paga, es justo
hablarle en necio para darle gusto.”

En el escenario se presentan las más veces, como incentivo, la desnudez de las actrices, decoraciones llamativas y sainetes con chistes más ó menos cultos.

—Se comprende. ¿Y el amor?

—Es una palabra más, que nadie define. El patriarca de las letras en Francia, Víctor Hugo, dijo que “el amor era ser dos y no ser más que uno; un hombre y una mujer que se funden en un ángel: es el Cielo.” Y como todo tiene su pro y su contra, un Patriarca de la Iglesia, San Jerónimo, escribió: “El amor no es más que un olvido de la razón.” Si seguimos buscando opiniones, encuentro la de Mr. De Bernis, que no queriendo soltar prenda, dijo: “El amor es el único bien que se puede apreciar, es el único mal para el que no se encuentra remedio; pintadlo como un monstruo peligroso; representadlo como un dios bienhechor, y lo encontraréis perfecto en uno y en otro retrato.” ¿Te vas enterando? Para que te ofusques más, sin duda con ironía, pronunció el P. Du Bosc esta definición, que sin decir nada dice mucho: “El amor es un no sé qué, que viene de no sé dónde, se forma no sé cómo, y nos encanta por no sé qué cosas.”—Yo, sin ser autoridad, quise meter baza, y en mi novela *Anatomía del corazón* consigné este pensamiento: “El amor es un pozo de agua cristalina; pero la humanidad la revuelve y saca el cieno del fondo.”

—¿Qué hora es?—preguntó el mozo.

—Las doce; se presenta el medio día.

—Entonces, voy á esperar durmiendo el instante de mi advenimiento. ¿Me despertarás?

—El *Tiempo* te avisará; es su obligación.

El año 1901 estrechó la mano del 1902. Este se acostó en el suelo y se puso á roncar. El anciano le contempló con lástima y siguió con la vista los granos de arena del reloj.

II

Sonó la hora de las doce de la noche. El año 1901 se estremeció á su pesar; el trono espinoso y la vida angustiosa que dejaba, aún tenían para él su atractivo.

El *Tiempo* entró en la estancia, dió con la guadaña á la muestra, que presentó el 1.º de Enero, y con el mismo golpe quitó la vida al viejo.

En seguida despertó el adolescente, que se levantó, estregándose los ojos, y ocupó el trono vacío, que le pareció blando en comparación del suelo donde había dormido. De pronto se irguió, y por sus labios vararon estas frases, gritos del alma:

— ¡Lucharé! La anarquía no triunfará! El trono de San Fernando no estará vacío en 1903.

¿Será verdad mi sueño? Empieza el año 1902. ¡Dichosos los que en el 1901 hayan encontrado, en sus 365 días, un momento, una impresión que escribir en el pobre libro de la memoria!

¡Tristes recuerdos nos deja el primer año del siglo XX! — Entre nubes veo aparecer las sombras, coronadas de laureles, de Campoamor, Balaguer, Larra, Retes, Ortiz de Pinedo y Pí y Margall.

Pido á la suerte que en Enero de 1903 nos reunamos los colaboradores de GENTE VIEJA, sin que ninguno haya desertado. Y si en los designios de la Providencia está acordado que falte uno, por el triste privilegio de los años corresponderá brillar por su ausencia (como dicen los revisteros de salones) al que pone aquí su firma.

TEODORO GUERRERO.

1.º de Enero de 1902.

Desde que el mundo es mundo...

Eres ¡oh fortuna!
caprichosa en todo;
si con unos dulce,
áspera con otros.

Meretriz te llaman
huyéndote el rostro,
de despecho, muchos,
sin justicia, pocos.

Presos en las redes
de tus lindos ojos,
pocos son los cuerdos,
muchos son los locos.

Reparten tus labios
besos licenciosos,
trastornando el alma
con impuro gozo.

¡Diosa envilecida,
de placeres foco,
la duda es tu cuna
y el humo tu sólio!

Te agitas, conmueves
la base del globo:
siembras esperanzas....
¡florecen abrojos!

Rápida caminas;
tu reinado es corto;
detrás de los tunos
te siguen los bobos.

Cohorte lucida
de trapos y adornos,
que se dá de coces
por lograr tus ósculos!

Bien hace en seguirte
de su anhelo en colmo,
pidiéndote hamhrienta
jamones y bollos.

Bien hace ¡por Cristo!
que tu lluvia de oro
al que estaba flaco
cambiará en gordo.

Porque en nuestro siglo,
siglo de fenómenos,
necio será el sabio,
sabio será el topo;

Y el malvado un ángel,

y el bueno un demonio,
según que sonrías,
ó esquivas á un prójimo.

Que eres ¡oh fortuna!
caprichosa en todo;
si con unos dulce,
áspera con otros.

M. DE LLANO PÉRSI.

TODOS INOCENTES

Con la imperturbable serenidad con que vemos caer las marchitas hojas de los árboles durante el otoño, contemplamos también la sucesión nunca interrumpida de los años, que por lo regular sólo nos dejan en herencia una serie de recuerdos que el tiempo se encarga de ir borrando de nuestra memoria.

Un año no es otra cosa que el conjunto de 365 días que los mortales empleamos en caminar hacia la tumba. La peregrinación que hacemos en esta vida es un viaje cómodo y que tiene mucho de agradable y de divertido para los que, completamente satisfechos, recorren el camino en el *express* de sus ilusiones, de sus esperanzas, de sus deseos; pero tiene también bastante de penoso y de insoportable para los que, careciendo hasta de lo más indispensable, se ven en la necesidad de viajar á pie.

Sucede á veces que los viajeros tienen que cambiar de coche á la mitad del camino. Es decir, que los que van con billetes de primera clase, pasan á ocupar los coches de segunda ó tercera, y viceversa.

La aplicación de este cambio puede encontrarse en las veleidades y caprichos de la fortuna. El resultado, de todos modos, es siempre el mismo: un viaje más ó menos largo y que siempre nos parece corto.

El año 1901, que también los años viajan, ha llegado al fin de su peregrinación. El 1902 es el encargado de reemplazarle. ¿Qué nos traerá el 1902?

* *

La felicidad tiene muchas formas, y para el que en la víspera de Reyes corría como un desesperado desde el anochecido hasta el amanecer por las calles de Madrid en busca de Melchor, Gaspar y Baltasar, la felicidad se reducía á encontrarlos en su camino.

Hoy esa costumbre, extinguida en la villa y corte, subsiste aún en algunos pueblos de la Península.

Correr lleno de fe y de esperanza detrás de un absurdo, pudiera ser una cosa no vista y digna de llamar la atención cuando todos los hombres estuvieran tan en su cabal juicio que ninguno hiciese por su parte lo que tanto asombraba y divertía en los protagonistas de aquellas correrías nocturnas. Pero en una época como la en que vivimos, en que cada cual por su lado persigue una quimera más imposible que la llegada de los Reyes Magos, ¿quién, en punto á credulidad, se juzgaba capaz de tirarle á uno de aquellos infelices la primera piedra? ¡Si todos los que buscamos algo que no existe; si todos los que soñamos sin dormir y vamos como tontos detrás de las sombras de esos sueños, lleváramos una escalera al hombro y nos siguieran los chiquillos con cencerros y teas, el año entero parecería una Pascua de Reyes interminable!

¡Qué inmensa escalera no debía llevar al hombro el país entero, que hace tanto tiempo espera algo grande y generoso de les hombres que desde hace treinta años vienen haciendo mangas y capirotos de la gobernación del Estado! ¿Cuándo llegará para España la hora en que vea aparecer esos Reyes Magos que hace tanto tiempo aguarda, sufriendo, no ya el frío de Enero ó el cansancio de algunas carreras, sino todos los males que trae consigo una situación anómala, llena de absurdos y contradicciones?

Y después de esta escalera general, de esta escalera monstruo, de la que á todos nos toca una parte, ¿quién cree que no debe llevar también la suya particular más ó menos grande?

Dejando á un lado esas quimeras elevadas de la fantasía, el amor desinteresado y puro de las mujeres, la

amistad incontestable y la fidelidad incorruptible; dejando á un lado los ensueños de gloria, de poder y de domino; dejando á un lado, en fin, esas ideas concebidas en la juventud, que poco á poco van perdiendo terreno en nuestra cabeza, pero que se refugian en el corazón, y aunque encubiertas nos acompañan, engañándonos, hasta el sepulcro, en la vida ordinaria, en la vida pedestre, por decirlo así, ¡cuántas y cuántas ilusiones no conservamos aún, que hoy se desvanecen para tornar mañana!

Ningún inocente á quien un año hacían echar los bofes atravesando Madrid de extremo á extremo con la escalera al hombro, y andando y desandando el camino cien veces, para encontrar la fantástica y regia comitiva, volvía á emprender otro año esta misma caminata.

¡Y de esta gente nos reíamos! ¡Nosotros, que cada vez que un hombre político echa á volar un nuevo programa y promete al país algunos de esos tradicionales puñados de dulces y monedas de cinco duros, cogemos una escalera, nos proveemos de un gran esportón y salimos en su busca para volvernos por la centésima vez con las piernas cansadas, el hombro molido y el esportón vacío!

¡Nosotros, que maldecimos de las mujeres y nos quejamos de su volubilidad, y juramos una y mil veces no dejarnos seducir por sus gracias ni envolver con sus artes, y á la primera mirada de unos ojos negros, azules ó verdes, pues no importa el color, á la primera de esas miradas que nosotros creemos que dicen muchas cosas que en realidad no dicen nunca, tornamos á correr en pos de ellas, sin que nos falte en la persecución más que la algazara de los pilletes, el ruido de los cencerros y las luces!

Mientras tengamos fe en algún ideal político, y vayamos á las diversiones creyendo que nos van á divertir, y juguemos á la lotería pensando que nos va á enriquecer, y demos consejos con la ilusión de que alguien los va á aprovechar, y nos pasemos la vida esperando que mañana será mejor que hoy, mientras creamos y esperemos en todo lo que la humanidad entera viene creyendo y esperando desde que comenzó su trabajosa carrera por estos andurriales de la vida, no tenemos razón ni podemos, sin burlarnos de nosotros mismos, hacer mofa de los que aún esperan la venida de los Reyes Magos.

* *

Recuerdo que más arriba he preguntado: ¿Qué nos traerá el año 1902? Por lo pronto, lo único seguro es que le preside MERCURIO. Cicerón cuenta cinco Mercurios diferentes, de los cuales el más célebre pasaba por hijo de Júpiter y de Maya. Esta Maya no tiene que ver nada con la del mozo viejo Leopoldo Cano. Mercurio era y es el dios de la elocuencia, del comercio y de los ladrones; todo en una pieza; era también el mensajero de los dioses, principalmente de Júpiter, que le había pegado alas á la cabeza y á los talones, para que ejecutase sus órdenes con más presteza. Él fué quien robó los rebaños, las armas y la lira de Apolo, y se sirvió de ella, sabiéndola tocar, para adormecer y matar á Argos, que guardaba la vaca Io. Convirtió á Bato en piedra de toque, libertó á Prometeo en el monte Cáucaso y fué muy querido de Venus, de quien tuvo á Hermafrodita.

De modo que con semejante dios están de enhorabuena los esteatas, los charlatanes, los políticos y los ladrones líricos y dramáticos.

Preparémonos, pues, á ver buenas cosas, y entre ellas

empréstitos sobre empréstitos,
contribuciones *ad libitum*,
intentonas neocatólicas
en pró de su Rey legítimo,
y algun viva á la República
que asustará á más de un tímido,
porque detrás de los vítores
suele venir lo terrífico.
En las Cortes democráticas
se arañarán los políticos,
y habrá escándalos mayúsculos
y discursos soporíferos.
Pero al terminar la cháchara

de aquellos padres tan rígidos,
con un buen puesto en la nómina
se satisfará el más díscolo.
Habrá doncellas *in nomine*
que con un regular físico
harán que el hombre más sólido
llegue á convertirse en líquido.
Habrá algún marido crédulo
que vivirá contentísimo
sin sospechar que su cónyuge
le está poniendo.... en ridículo.
Habrá suegras semi-víboras,
cuñados semi-cernícalos,
señoritas semi-públicas,
y muchachos semi-tísicos.
Habrá en ciertas bancas párolis,
mucho mala fe en los críticos,
mucho osadía en los cómicos,
mucho opulencia en los títulos,
mucho malicia en las jóvenes,
mucho honradez en los íntegros,
mucho ignorancia en los médicos
y poca fe en los presbíteros.
Pero ya que doy el tósigo,
es justo que dé el antídoto,
que consiste en un catálogo
de consejos salutíferos
que he sacado de un pronóstico
de cierto autor amenísimo
que gozó de mucho crédito
en el género satírico ¹:

«EL FRÍO DE ENERO HÚVELO,
EL HIELO EN FEBRERO EVÍTALO,
EL VIENTO DE MARZO ARRÓPALO,
EL ROCÍO DE ABRIL PÍLLALO,
EL OLOR DE MAYO GÓZALO,
CALOR DE JUNIO ABANICALO,
BOCHORNO DE JULIO SIÉGALO,
INCENDIO DE AGOSTO TRÍLLALO,
PEPINO EN SEPTIEMBRE DÉJALO,
POLLO EN OCTUBRE EMPERDÍGALO,
EL PAVO EN NOVIEMBRE ÁSALO,
Y EL CERDO EN DICIEMBRE FRIELO.»

EDUARDO DE LUSTONÓ

Información especial de GENTE VIEJA

En presencia de las corrientes socialistas que en Europa van determinándose, ¿cuál es el deber de los Gobiernos, de los publicistas y de la industria y el comercio, considerados legitimamente como clase directora de la sociedad?

II

Probé en mi anterior artículo que en materia de previsión los elementos oficiales, no sólo carecían de ella por completo, sino que usaban de todas sus iniciativas para entorpecer y anular todos los impulsos bienhechores de los particulares; de donde pudiera deducirse la conclusión de que si aquéllos se declarasen en huelga perpetua, si no hiciesen nada, resultarían más beneficiosamente eficaces que poniendo en ejercicio su actividad. En cuanto á equidad y justicia, andan también los citados elementos bien necesitados de practicarla; porque el funesto ejemplo de combatir la anarquía y ejercerla, no puede dar más fruto que el de una completa desorganización social; en un artículo humorístico, encaminado á probar que podían rebajarse del Presupuesto los 100 millones que pide la Unión Nacional, decía yo: Refórmese la Constitución, reduciéndola á este solo artículo: *El Rey nombra y separa libremente los Ministros y éstos hacen lo que les da la gana*; así, con esos señores, unos cuantos escribientes y ejército que obligue á obedecer sus órdenes, no se necesitan Cuerpos Colegisladores, ni Tribunales, ni enseñanzas; y añadía: *Después de todo, eso es lo vigente*. Todo el mundo lo sabe, y

pocos aspiran á revindicar el derecho que les asiste, y esos pocos en vano lo pretenden, mientras casi todos fundan el logro de sus aspiraciones en la influencia que pueden desarrollar. Creo que esa enfermedad es incurable.

Dejemos ya á los elementos oficiales, y vamos á las clases directoras; enfrente de las propagandas socialista y anarquista ¿qué libros producen? ¿qué periódicos publican? ¿qué oradores subvencionan? Ninguno; dejan que á los obreros se les digan muchas verdades y muchas atrocidades, sin cuidarse de afirmar las primeras y demostrar la falsedad de las segundas; creen que si crece la ola la sujetarán las bayonetas, y ni siquiera se les ocurre que, pasados algunos años, esas armas estarán en manos de los hijos de los protestantes presentes y entonces....

Los obreros son llamados por sus apóstoles *al festín de la vida*, y eso del festín es una metáfora: por mucho que se agiten, por mucho que combatan, aun suponiendo que venzan, la masa resultará masa después de la victoria; alguna mejora podrá conseguir; pero ¡el festín! ¡lograr el festín! ¡eso es pura fábula! Quien se lo ofrezca de buena fe, sueña; quien se lo brinde á sabiendas de que no ha de alcanzarlo, comete el más repugnante de los crímenes. Si en vez de consentir que se les sature de promesas insensatas buscaran el medio de aprender que los socialistas, comunistas, colectivistas y anarquistas, vienen ensayando multitud de extravagancias desde los más remotos tiempos, y que eso, tomado por ellos como invención moderna, fué siempre vencido por la realidad, procurarían instruirse, aprender á desear y conseguir lo posible y á separar de su imaginación muchas aspiraciones irrealizables que envenenan su vida, encadenándola al tormento de Tántalo.

Entonces sabrían que el estudio, el talento ó la suerte pueden llevar y llevan á *algunos* obreros hasta la mesa del festín; pero la generalidad no obtienen, ni han obtenido nunca, ni obtendrán jamás sino bienestar muy relativo, y eso á condición de saber pedirlo con oportunidad y con destreza; sabrían que el capital y el trabajo son armónicos, y cuando entre ellos falta la armonía se perjudican mutuamente, y que la armonía económica, como la musical, no se produce con violencias.

Sabrían no anticiparse el festín sin recursos para ello, creándose necesidades no imperiosas que merman los recursos destinados á las imprescindibles; error en que incurrimos todos y del que despiertan muchos completamente arruinados, sin que se salven del naufragio las más considerables fortunas, cuya extinción vemos con frecuencia en virtud de la moda, del lujo, de la vanidad, de todo lo cual puede prescindirse, pero á lo cual rendimos indiscreto y ruinoso vasallaje.

En suma: los elementos oficiales, las clases llamadas directoras y las dirigidas deben hacer.... lo que no harán seguramente: tener previsión, tener prudencia; vivir de la ley y no del capricho; de la convicción y no de las ilusiones; de lo posible y no de lo irrealizable; de la memoria y no del olvido; del entendimiento y no del impulso; de la voluntad y no del acaso; del trabajo y no de la lotería; de la verdad y no del engaño voluntario; en fin: de todo lo que hoy nos falta con preterición de lo no poco que nos sobra.

Pero.... siéntese usted, querido amigo; porque si espera usted de pie tan radical transformación va usted á fatigarse demasiado.

Yo espero desde hace más de medio siglo y el ideal no llega al apogeo de su órbita.... ni creo que llegará nunca.

DANIEL BALACIART

*
**

Sr. D. Juan Valero de Tornos.

Mi antiguo y cariñoso amigo: He sido favorecido por su afectuosa carta, que contesto diciéndole que los políticos antiguos somos los menos á propósito para dar una opinión fundada sobre el tema que su ilustrado periódico somete á la discusión pública, porque ese tema, así como la mayor parte de las cuestiones que hoy se debaten, difieren mucho de las que nos apasionaban en nuestra juventud y constituían el nervio de nuestros estu-

dios y formaban la base de los conocimientos generales de aquellos tiempos.

Los que hicimos nuestros primeros ensayos en *La Discusión* y *La Democracia*, periódicos fundados y dirigidos por aquellos ilustres patricios que se llamaron Rivero y Castelar, creíamos haber resuelto todos los problemas sociales derrocando el antiguo régimen teocrático y autoritario, y asentando sobre bases sólidas los derechos individuales inherentes á la personalidad humana.

Los hechos, sin embargo, han venido á demostrar que nuestros esfuerzos no han satisfecho á los por nosotros emancipados, viéndose hoy á las clases populares mirar con indiferencia lo que eran nuestros ideales y dirigir sus aspiraciones á conseguir su mejoramiento material, empleando para ello primero la propaganda y en último término la imposición y la violencia.

Este estado de cosas ha dado motivo á que escritores ilustres encaminen su trabajo bajo una nueva forma en el sentido del antiguo socialismo, doctrina que considerábamos desechada por utópica é impracticable.

Mas, por doloroso que nos sea á los antiguos demócratas, la verdad es que el hecho se impone, y que á los clamores de las clases necesitadas protestando de las deficiencias del régimen actual responden los escritores socialistas presentándoles el colectivismo como una panacea con eficacia bastante para transformar la sociedad y hacer desaparecer todos los males que afligen al género humano.

¿Y qué hacer ante estos hechos, pregunta usted con el tema propuesto? Peligroso sería permanecer indiferente ante la ola revolucionaria, é insensato, en mi concepto, acoger las doctrinas que se van generalizando y que tendiendo á destruir la sociedad existente, nos llevarían á la anarquía y al caos.

La humanidad no marcha á saltos, y los que hemos visto transformada la sociedad española en un período relativamente corto, no hemos de renegar de nuestras ideas porque éstas no hayan conseguido toda la perfección deseada.

Por lo visto no basta al pueblo ser libre; desea además instruirse y adquirir riquezas.

Para llegar á este fin, el Estado tiene que hacer dos cosas, una en el orden económico y otra en el jurídico. Es de necesidad transformar lentamente el presupuesto, eliminando de él toda la carga que representan nuestras luchas, guerras y desgracias, todo lo que los economistas llaman improductivos ó productores negativos, y aplicar ese ahorro al fomento de los intereses morales y materiales, difundiendo la instrucción y procurando el alivio de las clases necesitadas en todos sus órdenes y manifestaciones; y en la esfera del derecho, modificar algunos capítulos del Código que tienen todavía sabor románico, y asentar las bases de un mayor reconocimiento de la personalidad humana, y un respeto más profundo al fruto de su trabajo y de sus obras.

Si el trabajo, según la frase de un escritor socialista, ni está organizado, ni se organizará definitivamente, sino que se organiza en cada época con arreglo á las circunstancias, es indispensable que la legislación que lo regula no permanezca estacionaria y petrificada, sino que se acomode y amolde á los tiempos y á los adelantos de las ciencias.

Aparte de esto, el Estado puede hacer poco por el mejoramiento deseado, á menos de convertirse en tutor perpetuo de todos los ciudadanos, matando la iniciativa individual, que es la más poderosa palanca del progreso.

Si sobreviene el conflicto entre el capital y el trabajo, el Estado debe limitar su intervención á sostener el derecho de ambos, y caso necesario á restablecer el orden y evitar la anarquía.

En cambio, las clases directoras tienen un campo más vasto para su esfera de acción. Si los esfuerzos pacíficos ó violentos de las clases trabajadoras tienden á mejorar su condición, los de las clases directoras deben encaminarse á hacer partícipes á todos los ciudadanos de los beneficios que ellas disfrutan; ellas pueden fomentar y extender el principio de asociación, mediante el cual se remedian muchos males y se hace sentir el bienestar en los desheredados de la fortuna. De la asociación lo espero todo, pues como viejo demócrata,

¹ El Dr. D. Diego de Torres y Villarroel, poeta del siglo XVIII.

tengo fe en mis ideas y me inclino á restringir y no á extender las funciones del Estado.

Dispense usted, mi buen amigo, que de una manera tan superficial conteste su cariñosa carta; un informe concienzudo requeriría conocimientos superiores á los que yo poseo; disculpe mi buenas intenciones; acoja benévola estos desaliñados renglones; cuénteme entre los que desean la prosperidad de GENTE VIEJA y disponga de su afectísimo.

ANTONIO RAMOS CALDERÓN.

*
* *

EL VERDADERO CAUCE

La obra de este siglo ha de ser, en mi concepto, elevar á unidad armónica las fuerzas contrarias que, durante el siglo XIX, han puesto en problema y en crisis todos los organismos humanos.

El eje de esa armonía es la cuestión social, que impone con apremio irresistible los términos de su propia solución, y en torno de la cual todos los elementos nacionales se mueven para ofrecerle el tributo de su cooperación activa: la Religión, la política, la industria y el comercio, la ciencia, el arte, la moral, todo cuanto es fuerza viva y prenda de regeneración en el mundo.

Pero así como el alma individual no puede cumplir su destino sin la orientación intelectual, que implica la necesaria adaptación al medio, así el alma social há menester de luz que despeje los horizontes y la dirija á plazas hospitalarias. Esa luz no es otra que la cultura, por cuya virtud la conciencia popular se esclarece y se dignifica.

Todo cuanto imaginen las fuerzas directoras y todo cuanto hagan para encauzar las corrientes socialistas, en las cuales, repito, va palpitando el problema de la existencia toda, será ineficaz sin envolver al obrero y al patrono en un ambiente común de instrucción, que los acerque y por igual los constituya en elementos capaces de una recíproca inteligencia, estable y provechosa.

Solucionar un problema es darle claridad; y la ignorancia es la tiniebla.

ANTONIO LÓPEZ MUÑOZ.

CANTARES

I

Los labios de la que adoro
vi ó una mañana el coral,
y, avergonzado, escondióse
en lo profundo del mar.

II

Procura ser cual la nieve
del pico de la montaña,
que no baja nunca al llano,
por no dejar de ser blanca.

MELCHOR DE PALAU.

CUENTOS EXÓTICOS

Amores.

I

Desde hacía tres años vivía allí.
Fué á buscar lenitivo á su dolor sincero. ¡Pobre Condé! si no le hubo amado, le estimó de veras. Sus delicadezas, su elegancia y su dinero contrarrestaban su vejez y sus achaques, y realmente murió sin la menor queja de Salud, que supo cuidarle, mimarle y respetar su nombre.
Un atardecer de más tristes pensares que otros

días, encaminóse Salud á dar un paseo hasta el Picacho del Fraile.

—¿Va la señora sola?—preguntó la jardinera....
Es tarde. ¿Quiere la señora que la siga el chico?

—Bueno. Y con paso pausado y ademán distraído, emprendió la ruta.

Anochea; sus fantásticos pensamientos, tomando cuerpo en su impresionable cerebro, hicieron que volviera la cabeza. Momentos sufría de corrientes medrosas que calofriaban su cuerpo nervioso, y necesitaba un sér cualquiera ¡un perro! á quien pedir compañía en tanto pasaban aquellas ideas.

No seguía Pedro como siempre respetuoso y cavilando....

La irritó su soledad y comenzó á deshacer el camino, llegando á la quinta descompuesta de soberbia.

¡Pedro, Pedro! ¿Cómo no me has seguido? ¿No sabes que me molesta salir enteramente sola?

—Como cuando salgo con la señora no me hace caso....

—¡Bien está! Es usted un insolente á quien perdono por bruto. ¿Acaso cree que voy á perturbar mis reflexiones para que *conferenciemos* usted y yo?

Y la frase, encolerizándola, dióla color, único requisito que faltaba á aquella cara preciosa, perfectísima, de ojos ardientes y soñadores y boca que chorreaba voluptuosidad y atracción.

Pedro, clavado, quieto, con todas sus facultades en los ojos, la miró acobardado, pero con algo que trajo la viuda por vergüenza y era admiración.

II

—¡Cuánto daría por que riñera usted como el día.... me pareció usted tan.... tan.... regañándome con aquella fiera.... Yo no sé explicarme, pero!....

—Sí, explícate....

Y cuando Pedro, restregándose las manos, sobándose la faja y pasando á contrapelo la diestra por su cabeza acalorada, iba á soltar algo que le devoraba, Salud, con momentáneo enfado, dijo:

—Pedro, á tu sitio.... ¡Y no te salgas de él!

Obedeció el mozo; bajó el tramo de la corta escalera y pareció dejar las impresiones de su alma en el cañamazo de colores que Salud bordaba.

Sí; allí debieron de quedar, según la viuda, prendidas por las puntadas rojas y azules, que Salud consultaba más que miraba.

—¡Sería chusco!—dijo en alta voz—y llamando al timbre:

¡A Pedro que suba!

Tornó á su quehacer y miraba las puntadas con aire de conferencia, como preguntándolas: ¿para qué le llamo?

Conozco que esto no puede seguir así.... ¡Tierra por medio! ¡Tierra por medio!....

Toda la culpa es de esta soledad, que me hace buscar su charla, llena de vida. ¡Este desasosiego, este.... no lo he sentido nunca. Pero es preciso, absolutamente preciso que *venza* yo.

Y.... ¿á qué llamo yo vencer?

¿Es vencer devorarme á mí misma, aniquilarme, contrariarme ferozmente?

En la puerta apareció Pedro, gallardo y respetuoso, muy plantado, como si aguardara que su presencia completase el dictamen de la viuda.

—¿Llama la señora?

—Sí, Pedro.... quería verte. Quería verte para.... preguntarte qué hay del *magnolio*.

—Hay lo que había, que se ha muerto.

—Y no podrías...., tú...., que eres tan inteligente....

—Yo no soy ná, señora....

—¿Tienes penas?

—Eso no le importa á nadie más que á un servidor.... ¿Manda algo la señora?

Fuese Pedro y pensó la viuda:

¡Qué rudeza y qué.... manera de tratarme; ¡á quién se lo hubiera tolerado yo! No me quiere, le gusto.... esto es todo.... ¡Qué vergüenza!

Y quejándose en su soliloquio, tanto del calor que se había levantado, como de la dureza de Pedro, como de su propia debilidad, corrió gran parte de aquel día, y mucha porción de otros muchos, de parecidos incidentes.

III

—Sí; no te turbes de tal modo. Tú serás mi marido, mi propio marido, mi dueño legítimo.... Te adoraré y te obedeceré en público, ante todos, porque más que todos vales tú. Podrás tutearme, te presentaré como mi absoluto rey....

No dudes que *se* quererte; yo *te llevaré* así, con tus trajes, tus camisas de lienzo y sin corbata. Tu sombrero de alas cubrirá tus rizos, y la corona de nueve bolas no adornará más los míos.... Yo me ensalzo llegando á ti. Vestiré á tu usanza si lo exiges, y haré cuanto desees. No quiero, no, no, tiranizarme — séguila febril, estrechándole amorosa entre sus brazos. — Tú eres mi dicha; yo te quiero sin reservas, y ya no sacio mis ansias con tus caricias; quiero más, apetezco más, quiero que el mundo lo vea y todos te envidien, quiero que me mandes....

Me creí imperiosa, y tus amores me revelan que tengo condición de esclava; quiero ser tuya Pedro, ser tuya!

—¡No pué ser! — contestó el mozo mirándola muy fijo.

—Sí, Pedro mío. Tu negativa te hace crecer á mis ojos; eres grande, eres inmenso....

—Todo puede ser, menos que tú, una señorona como tú, fuera feliz conmigo para siempre, ni....

—Ya te he dicho que no soy señorona. Yo fregaré la madera, yo iré con el cántaro al chorro... , yo vestiré refajo y saya dominguera, yo labraré mis tierras. Si como prueba me exiges la más brutal, por exigente que seas, la hallaré dulce. Tú mandas, yo obedezco Pedro mío, obedezco, y siento con esta obediencia un placer misterioso é íntimo que desconocía.... ¡Casarme por amor, por un amor así! Sabes tú que esto es más encantador y más sugestivo que todo lo del mundo!

Te exijo; no, yo no puedo exigirte; te ruego, te suplico, que me sometas á todas las pruebas. El martes vienen los de Montagó; daré á mis primos mis joyas para que las liquiden á beneficio de un Asilo, y cuando lleguen, me verán á tu lado vestida de aldeana, peinada con rodete....

—No.... —la interrumpió Pedro.— La ropa ya sé yo que te la podrías cambiar; pero.... casarme.... ¡imposible! Para casarme tienen mi confianza y mi corazón *eslegida* mujer; menos guapa que tú, menos ardiente, menos lista, más pobre de cuartos, pero que me gloria pensar en ella como madre de mis hijos.... ¡la Nicasia!

ALEJANDRO BÉHR.

EL INVIERNO EN LA ALDEA

Cuando van por la arena del camino
girando en remolino
las hojas secas, en tropel caídas,
el áspero aquilón, con rudo empuje
entre las ramas ruge,
doblándolas con bruscas sacudidas.

En la pradera, las pintadas flores
no muestran sus colores,
ni vierten á raudales sus aromas,
ni llegan á beber en la corriente
de la tranquila fuente
las bandadas de rústicas palomas.

Desnudos ya los árboles y escuetos,
parecen esqueletos
que se levantan de la tumba fría;
y entre sus ramas queda aprisionado
el nido abandonado
donde hicieron los pájaros su cría.

Las nubes se amontonan en la altura,
en la extensa llanura
tupido velo la neblina tiende,
y oculta, al descender por las colinas,
las robustas encinas
donde flotantes sus jirones prende.

Sobre las crestas de la abrupta tierra
que el horizonte cierra,
la nieve ostenta su tenaz blancura,
y rebotando el caudaloso río,
que ahora corre bravío,
inunda con sus ondas la llanura.

La escarcha se condensa en los marjales,
los yermos eriales
cubren las hojas de los cardos secos;
y aunque son las heladas repetidas,
se mantienen erguidas
las cañarejas en sus troncos huecos.

Cuando se oculta el sol, la noche avanza
y allá, en la lontananza,
agitando las frondas, silba el viento,
parecen las estrellas rutilantes
tachones de diamantes
en el obscuro azul del firmamento.

La luna que se asoma en el Oriente,
se oculta de repente
tras los vellones de la parda nube;
pero al vencer las brumas del nublado,
su disco plateado
como hostia santa por los cielos sube.

Rodeadas de robles y nogales,
las casas desiguales
de la tranquila aldea no se notan,
y sólo se divisa el campanario,
envuelto en el sudario
de las neblinas que en el viento flotan.

No vuelan los indómitos pardales
que en días estivales
diezmaban las espigas del sembrado;
que ahora están ateridos por el frío,
en su chiscón sombrío
debajo del alero del tejado.

SANTIAGO IGLESIAS.

El feudo de las cien doncellas.

Fuere ó no verdad, historia ó leyenda, lo que del singular pacto de Mauregato se nos refiere, lo cierto es que algo parecido á ello se ha visto en diferentes épocas. Los moros querían llevarse las doncellas cristianas para sus harenes, y cristianos hay que desean tratarlas como si fuesen moras. Y si los mulsumanes se contentaban con ciento, verdad es que esto importaba cada anualidad: los que oponen obstáculos al matrimonio hacen pagar, no sabemos á favor de quién, un feudo tan gravoso como el que dicen que se impuso al reino de Asturias. Entre los sectarios de Mahoma tiene tan poca consideración la mujer y goza de tan poco respeto, que ni en las conversaciones se la nombra, ni se pregunta por su salud, y algún doctor la cree excluida del paraíso; ciertos legisladores de hoy, que creen velar por sus intereses, las sacan aún á la *Colección legislativa*, para que sea cierto que en ninguna parte sobran las mujeres y hacen falta en muchas.

¡Válame Dios, legisladores al uso! ¿tan fácil es colocar, según la frase sacramental, á una muchacha, que pongáis á los hombres más obstáculos que los que suelen poner ellos mismos? Preguntádselo á ellos: y así como el Emperador Adriano en aquellos versos de alfeñique que se le atribuyen: *Animula, vagula, blandula*, etc., deseaba vivir, aunque estuviera enclenque, cojo y casi dando las boqueadas, no de otra suerte las muchachas casaderas, que para algo lo son, atropellarían por todo y consentirían en casarse con hombres de ningún porvenir, con tal que fuesen presentes realidades. ¿Ó creen los legisladores modernos que todas son como

la *Sanchica* de Cervantes y que deben criarse para condasas? Dense una vuelta por su barrio, por su calle, por sus conocimientos, y pronto verán que los decretos mejor pensados y que miran más al porvenir son desaprobados por aquellas mismas cuyo interés pretende tenerse en cuenta.

¿Es que esos nuevos impedimentos para el matrimonio, de los que no se habla en ninguno de ambos derechos; es que esos nuevos expedientes matrimoniales, que no se instruyen en la Vicaría ni en el Juzgado municipal, se inspiran en el interés de los que no pueden llegar á ser maridos? ¡Ah, sí! ahora recordamos aquello del Dictador Romano, que deseaba que la mujer de César, no sólo no fuese mala, sino que nadie osase hablar mal de la misma; y recordamos también lo de aquella aspirante á monja que decía: «Tan pobre soy, que no se permite hacer voto de pobreza.» Ya se conoce que estamos en una época de descentralización, por lo que no se introduce la ley en el hogar de las familias y por lo mucho que lo respeta. Que se necesita, ¡ya lo creo que se necesita! tales y cuales cantidades, no pequeñas, para poder instalar casa: pues fíjese para todos y para poder casarse una suma en las leyes, que ciertas legislaciones alemanas han establecido ya este impedimento; pero limitar la restricción á los militares ó á los empleados de menos de 1.500 pesetas—que en eso de copiarse unos á otros los Ministerios cosas se han visto más estupendas, y el Ministro de Hacienda quizá no quiera ser menos que su colega,—parecen un ensayo algún tanto expuesto á lo que no pensamos decir y en lo que tal vez fijen su atención los menos piadosos lectores.

¿No es el asunto de escoger mujer personal y personalismo? ¿No se han coartado en este punto las facultades de los padres? ¿Pues por dónde y en virtud de qué ley han de ampliarse las de los superiores jerárquicos, de los novios, no importa cuál sea su jerarquía? Cuando todo un legislador como Justiniano estuvo muy lejos de estimar indigno de su *divinidad* casarse con una mujer que había andado por las calles de Constantinopla enseñando monos y osos como cualquiera gitana de las épocas siguientes, y enseñándose ella misma en menos decentes lugares—que la buena fama de Teodora no nos dejará mentir,—¿á qué cuidarse tanto de *vita et moribus*, como si en vez de hacer una casada hubiéramos de hacer un Obispo?

Decididamente hemos venido todos á estar en tutela, y lo que es peor, en tutela de quien no nos conoce ni á él le conocemos. Créfase por los sandios juristas romanos que debía ser tutor aquel que en su caso debiera ser heredero; ahora vemos de sostener con más ciencia y con más sindéresis que debe ser tutor aquel que puede darnos una pensión ó señalarnos derechos pasivos. ¿Tienen más los legisladores que dictar disposiciones para robustecer la maltrecha autoridad de los padres en matrimoniales asuntos y dejar á los que han de pasar hambre ó disfrutar de comodidad y holgura los asuntos domésticos? Mejor pensado, en ello vendremos á parar, si no en este, en algún otro régimen.

Cuando las doncellas del asturiano reino iban mal de su grado al país andaluz á casarse á la usanza morisca—porque no se dirá que Mauregato no velaba por la colocación de sus vasallos como buen padre de familias,—no faltaron, al decir de la tradición, Figueroas y Vargas Machuca que, empuñando la maza de armas ó desgajando ramas de árboles, impidiesen aquellos casamientos; ahora se emplea, no la maza, sino la pluma para impedir que contraigan matrimonio las doncellas. ¿Y qué se han de hacer, si de lo alto vienen las prohibiciones, si los *saltos de tapón* ya no dejan en paz

“desde la altiva Princesa
á la que pesca en ruín barca”,

y después de ensañarse con los hombres no perdonan ni aun á las mujeres?

Muchas veces se sublevan hasta los hijos contra las mejores providencias de los padres; la razón y las pasiones hablan lenguaje muy diferente. Prohibiciones ó impedimentos de matrimonio, fundados en la experiencia de la vida, ganada solamente con las canas, no son comprendidos por los que no las peinan; y de aquí procede que las asturianas no quisiesen dejar sus breñas y

prados y *carbayeras* por los pensiles de Andalucía, y que nuestras contemporáneas, que han aprendido que el *pan y la cebolla* bastan para ser felices en el matrimonio, se sublevan también contra los que intentan dar al problema económico doméstico una buena solución, por prudente y meditada y paternal que sea.

A. BALBÍN DE UNQUERA.

LA CALLEJA DE LA AMAPOLA

I

El vulgo indocto, que en Liébana y en todas partes tiene como prurito de estropear vocablos, y llama “*estómado*” al estómago, “*cadérias*” á las caderas, “*inocencia*” á la inocencia, “*trúnfo*” al triunfo, “*brujo*” y “*borujo*” al orujo y “*Fuanfria*” ó “*Fanfria*” á la que es Fuenfria, nombra también en Potes “*CALLEJA MAMPOLA*” á un pasadizo estrecho y obscuro, techado en gran parte por las casas próximas y por el cual se sube desde la parte oriental de la Plaza hasta la calle del Obispo. Y aun gentes que podrían ser consideradas como no del todo indoctas, porque allá en su adolescencia hicieron, durante un año ó dos, algún estudio del Latín, “siquiá pa deprender á hablar como es debío en cualquiera ocasión”, según tiempo hace ya decía un ex estudiante padre de otro, suelen, creyendo hablar fino, denominar al pasadizo “*Calleja MAPOLA*.”

Nadie en Potes, y pocos en los demás pueblos de Liébana, ignoran dónde está y para lo que años há servía el famoso callejón; pero no son muchas personas las que saben por qué sucesos, en los pasados siglos, fué designado con el nombre de “*Calleja de la Amapola*” lo que no era entonces otra cosa que un camino estrecho, bordeado de bardales, y tortuoso y pendiente, que ponía la torre señorial de los dueños de Liébana en comunicación con el empinado barrio de San Pedro, el más antiguo de la villa.

La tradición oral, único medio que, durante más de cinco centurias, ha servido para transmitir de generación en generación la memoria del terrible caso, va extinguiéndose por despego á lo antiguo, y porque en las tertulias de ahora más se trata, en gran número de casos, de aprender á mal cantar, por ejemplo, los disparatados versos de algún *tango* estúpido; y más se procura asimismo malgastar las horas murmurando envidiosamente del vecino de la esquina, y del de enfrente, y del de acá, y del de allá; y mas se atiende también á buscar francachelas por el camino del *tute* ó algunas pesetucas en los abrojos del *monte*, que á recrear y ennoblecer el espíritu con lecturas amenas é instructivas y con deleitosas y ejemplares narraciones. “Sabemos—dirán acaso algunos—que la Calleja de la Amapola hoy está limpia y que se puede á cualquiera hora subir ó bajar por allí, sin que por esto se ofenda y se moleste, como antaño, nuestra membrana pituitaria: pues ¿á qué perder tiempo en enterarnos de por qué causa tiene el nombre de la roja flor campesina el conocido callejón? Que la historia del suceso sea ó no curiosa é interesante, ¿qué puede importarnos á nosotros, á quienes lo que hace falta es, no más, reunir buen número de *perros chicos*, ladren ó no ladren á la atrofiada conciencia?” Y tienen razón los que tal digan..., si creen que es un disparate lo que dicen.

Como otras muchas tradiciones, la del origen del nombre con que se distingue el potesano callejón va perdiéndose en la memoria de las gentes. Por esto voy á narrarla hoy por escrito, aunque las deficiencias de mi estilo quitarán al relato la singular viveza y el atractivo chispeante que diz tenía en labios de una anciana, á la cual yo nunca oí, pero que hacía regalo de curiosas historietas á quien, en su tertulia de invierno, obsequiase á la oradora con una copuca ó dos de *excitante aticuenta*, nombre dado al aguardiente en la jerga vulgar de alguna comarca montañesa.

Digo, pues, que hace más de cinco siglos—como que aún no había mediado el décimocuarto,— cuando era Señor de Potes, y de otros pueblos lebaniegos, como Merino Mayor del Rey, un D. Pedro Roiz de Lama-drid, que habitaba en la torre situada entre los ríos Qui-vies y Deva (donde hoy reformada subsiste), moraba en modesta casa del enmarañado barrio de San Pedro un honrado viudo, vasallo de aquel magnate y que tenía una hija única, llamada Frunilda.

La mozuca, pues, cuentan que, *a todo tirar*, tendría unos diez y seis ó diez y siete años,—que en averiguar la edad exacta no parece se ocuparon mucho los encargados de transmitir á la posteridad la tradición,— era, por todos conceptos y según se refiere, *de lo que había que ver*. Ni en el barrio, ni en el resto de la villa, ni en pueblo alguno de Liébana vivía *por aquel entonces* muchacha que igualara, y menos que superase, á Frunilda en preciosas cualidades morales y en belleza física. La tradición no ha conservado los necesarios detalles para que hoy pueda ser hecho regular retrato de la interesante joven; pero baste con saber que era bellísima, y que entre sus muchas virtudes sobresalía el sentimiento ingenuo del honor. Por esto, así como se ruborizaba, y modestamente bajaba la vista cuando á su hermosura dirigían decorosas é inocentes alabanzas mozos ó viejos, pecheros ó hidalgos, solía con altiva y desdeñosa mirada contener y confundir á quien con palabras ó actitudes revelara codicias censurables. La gallardía dulcemente atractiva de su apostura, lo esbelto de su talle, la armonizada turgencia de su seno, lo abundante y sedoso de su negra cabellera y la suave palidez de su ovalado semblante, en que los ojos garzos expresaban la ternura y placidez de los más puros afectos, ó la altivez de pensamientos nobles, prendas eran tan apetecidas por todas las demás mujeres, cuanto excitaban la admiración y atraían el espíritu de los hombres que á la gentil moza veían.

Al clarear el alba entraba todos los días Frunilda, acompañada por su padre, en la humilde ermita, de que el barrio había tomado nombre; y después de unos minutos de oración, regresaban á la modesta vivienda, en la que el buen arreglo y la perfecta limpieza reflejaban el esmero con que la joven procuraba su propio personal aseo y el del autor de sus días. Allí los dos, hilaba la muchacha, cantando alegremente, y haciendo casi insensible la tarea de ambos, y puesto al telar el padre, ganaban con ejemplar honradez y constante laboriosidad el cotidiano sustento, proporcionado por la venta de los sayales que fabricaban. Si el día era festivo, después de cumplir el precepto religioso de oír Misa ocupábanse ambos en visitar á los enfermos pobres que en el barrio hubiera, á los cuales además todas las noches, á primera hora, llevaba Frunilda, en bien cubierta cestita, algún pote con porción del alimento que ella y su padre para este fin apartaban de la diaria comida. Razonable era, pues, que la preciosa hija del honrado tejedor fuese por sus virtudes apreciadísima en Potes, como por su belleza era objeto de admiraciones y alabanzas.

Para bajar al río desde la barriada de San Pedro, había dos caminos, muy pendientes ambos, y tortuosos y estrechos: uno, por la parte de Occidente, bajaba culebreando hasta el puente llamado de San Cayetano; y otro, desde la parte oriental del barrio, bajaba en dirección al otro puente que está próximo á la torre señorial. Este último camino, limitado por prados á la derecha, lindaba por la izquierda con un huerto y un pomar, pertenecientes al Merino Mayor D. Pedro, quien al cuidado de aquellas fincas tenía un joven, de tan grande ánimo en los peligros y de tantas fuerzas en las luchas, cuanto era débil, respetuoso y encogido en su trato con las mujeres. Á prados, pomar y huerto servían de valla tupidos setos de espinos y de zarzas en toda la revuelta longitud de la calleja, haciendo de ésta un sombrío y desamparado camino, desde cuyo fondo, y sólo en algunos trechos, la única vivienda humana que podía verse era la torre del Merino Mayor del Rey. Más que «calleja», era aquello un barranco tenebroso y hartamente triste.

Cuando á última hora de la tarde, terminadas las do-

mésticas labores, bajaba Frunilda al río y por las honduras del pedregoso callejón subía luego, con el ánfora de reluciente cobre llena de agua y llevada aiosamente en equilibrio sobre la cabeza, solía por entre los matorrales de espinos y de zarzas aparecer apoyado en la azada el joven hortelano, que desde lo alto del seto saludaba á la muchacha con acento cariñoso y tímido y recibía de ella en premio una sonrisa, en que iba envuelto el más vivo y más puro afecto del alma. Con breves frases comunicábanse ambos jóvenes lo que durante el día habían hecho, lo que al día siguiente era probable que hiciesen: despedíanse pronto con mutuo deseo de ventura, expresado en sencillo «guárdeos Dios, hasta mañana»; y á través del enmarañado ramaje del bardal dirigíanse la última ruborosa y elocuente mirada de vehemente amor.

El Merino Mayor del Rey estaba bien enterado de aquellos coloquios de su hortelano y la hija del tejedor; y aunque no tenía D. Pedro gran suma de dulzura en su carácter, pues más bien era rígido, severo y por extremo enemigo de ocuparse en asuntos ajenos, se había sentido suave y gustosamente atraído y dominado por la sencillez y la ejemplar virtud de los dos enamorados, á los cuales se propuso proteger; y cuando luego supo que con beneplácito del padre de la muchacha, el cual estimaba en mucho las cualidades del leal hortelano, iban pronto á verse unidos por el matrimonio los dos jóvenes, ofreció D. Pedro donarles alguna finca y ganados que les proporcionasen medios para atender con relativo desahogo á las futuras necesidades de la vida.

Así, con tales auspicios de próximo acrecimiento de ventura, los dos jóvenes seguían teniendo, á la puesta del sol, la cotidiana candorosa plática de amores: siempre Frunilda con el ánfora de cobre sostenida en equilibrio sobre la cabeza y desde lo hondo del camino sonriendo con inefable amor al hortelano; y éste, apoyado siempre en la azada sobre el vallado del huerto, y mirando y hablando, cariñoso y tímido, á la hermosa joven, á través de los bardales. ¿Quién al verlos entonces creería que el plácido y vivificante idilio iba á ser pronto reemplazado por las angustias del drama?

ILDEFONSO LLORENTE FERNÁNDEZ.

A un hombre irresoluto.

¡Oh, basta ya de indecisión! ¿Quién sabe si hay un edén en medio del desierto? De lo obscuro, lo incógnito y lo incierto Dios, solamente Dios tiene la clave.

Si atendiera al temor, que sólo cabe en el ánimo débil é inexperto, nunca dejara el abrigado puerto para surcar el piélago la nave.

Todo para Colón desconocido fué: la tierra, y el cielo, y el profundo mar de fieras tormentas combatido.

Mas tuvo fe; su espíritu fecundo rompió el misterio, y arrancó atrevido á sus entrañas lóbregas un mundo.

GASPAR NUÑEZ DE ARCE

NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

Placeres viciosos, por Tolstoy, publicado por la casa editorial *Maucci*, de Barcelona. Es un libro para todos; recomendarle es recomendar el bien. Con abundante copia de razones demuestra Tolstoy las excelencias de una vida moderada y racional, base positiva de los estados de alma perfectos, que proporcionan las altas satisfacciones naturales y se aumentan progresivamente por el conocimiento de sí mismo y uso que se hace de ese conocimiento.

Ha sido traducido por Augusto Riera, y lleva un prefacio de Alejandro Dumas (hijo) y algunas opiniones de escritores célebres.

Esta obra, que luce una artística portada, se vende al precio de una peseta.

*
*
*

Ana Karenine, por Tolstoy, es una hermosa novela y un acabado estudio de la alta sociedad rusa. Con arte exquisito desarrolla escenas íntimas y sencillas, pero grandiosas y arrebatadoras, que trastornan y conmueven. El estudio sobre el adulterio, la descripción del casamiento de Constantino Levine y el suicidio de *Ana Karenine*, son páginas que arrancan frases de admiración y hacen brotar lágrimas, porque son verdaderamente conmovedoras.

Fué traducida por el malogrado Profesor de lenguas D. José Santos Hervás, y forma dos gruesos tomos de cerca de 400 páginas cada uno, al precio de una peseta tomo. Esta obra la publica la casa editorial *Maucci*, de Barcelona.

*
*
*

Con el título de **Las Órdenes Religiosas y los Religiosos**, ha publicado un estudio jurídico, sobre su existencia legal y capacidad civil en España, el Sr. D. Joaquín Buitrago y Hernández, Doctor en Derecho civil y canónico. Como su título indica, el fin que se propone el autor es el de fijar y demostrar la doctrina jurídica vigente en cuanto á la existencia legal y la capacidad civil en España de las Órdenes Religiosas y de sus individuos, cosa que consigue en su citada obra, en la que ofrece á los doctos, y aun á los indoctos en derecho, no sólo esa demostración razonada é ilustrada con el apéndice de los textos legales, sino que también coadyuva á que sobre cuestión tan importante no ejerza la pasión el imperio que exclusivamente corresponde al derecho y á la justicia.

EL PALACIO ÁRABE

Generalmente, el alto capital español se emplea en el cupón, como suele decirse en el *argot* financiero; y en esta época de tan graves cuestiones sociales, el capitalista que dedica su actividad y su dinero á empresas industriales que en el país se desarrollan, presta á éste un servicio que, si hiciesen otro tanto todos los hombres de dinero, resolvería el pavoroso problema social.

Cuando un hombre de la cultura, el capital y las iniciativas de D. José Xifré asocia á sus energías á un ingeniero y á un hombre de ciencia como el Sr. Landauer, crean industrias de tanta importancia como la de la luz que lleva su nombre, que en potencia luminosa, en condiciones de seguridad absoluta y en precios, no tiene rival en España ni fuera.

La parte técnica é industrial de este procedimiento, está perfectamente explicada en los folletos que en las oficinas de la empresa se facilitan al público, resultando que para todas las aplicaciones, pero muy principalmente para las casas particulares, las quintas y los edificios aislados, la luz Landauer-Xifré es de una aplicación y de unos resultados incomparables.

El palacio Árabe, que todo Madrid conoce, modelo de buen gusto y de estilo, preparado, por su distinción y su lujo, para todas las grandes fiestas del buen gusto, sirve hoy de asilo á la más hermosa de las fiestas modernas, á la fiesta de la industria y del trabajo.

JOSÉ GONZÁLEZ.